

« El mejor regalo que hace Dios al hombre, es el de inclinarle á decir la verdad, » y á hacer buenos oficios : estas dos cosas se » parecen á las obras de Dios. »

Leed, nos dijo Xenofanes, la que está enfrente, que me parece una de las mejores tuyas :

« No necesiteis jamas de juramentos, ni de » llamar á la divinidad por garante de vuestras promesas : procurad, sí, dar tan buena » opinion de vuestra probidad, que seais » creídos sobre vuestra misma palabra. »

Esta, dije yo, me parece muy agradable :

« Cuando estoy con mi amigo, no estoy » solo, sin embargo de que no somos dos. »

Sentemonos sobre estos bancos, dijo Xenofanes, y prestadme atento oido.

CAPITULO XXIX.

Fenómenos del Egipto. Partida de ámbos amigos.

EXISTEN tres pirámides mas celebradas que las otras, y que pueden colocarse en la clase de las siete maravillas del mundo : estan junto á Menfis. Solamente os hablaré de la mayor de las tres, situada á los veinte y nueve gra-

dos y cincuenta segundos de latitud. Su fábrica es de piedras, y la menor de ellas de treinta piés de largo, trabajadas con arte maravilloso, y cargadas de figuras geroglificas : cada lado de las pirámides tiene ochocientos piés de ancho, y otros tantos de alto. A ciento y sesenta piés debajo de tierra se encuentran salas que se comunican entre sí por medio de unos ramales llamados *siringos*. Se emplearon en aquellas obras cien mil trabajadores ; y por todo el tiempo de treinta años se fuéron sucediendo igual número de obreros de tres en tres meses. Y solamente las legumbres suministradas á los trabajadores costaron diez y seis mil talentos.

Se cuentan mil locuras de la pirámide grande. Segun algunos, la fabricó una cortesana famosa con los caudales que la regaláron sus amantes : otros la atribuyen á la célebre Rodopa : ved aquí su historia.

Era natural de Tracia, de origen oscuro, y fué vendida como esclava. Enamoróse de ella un Griego, la rescató, y se la llevó á Neucrates, ciudad de Egipto. Un dia que Rodopa estaba bañandose, se abatió un águila sobre sus vestidos, tomó uno de sus zapatos, y se lo llevó en el pico hasta Menfis, residencia del Rey Psammis, y lo dejó caer sobre sus rodillas. Maravillado el Príncipe, lo miró atentamente, y formó ventajosa idea del

molde por la forma agradable y reducida del calzado. Fuera de que la accion del águila le pareció cosa milagrosa y estraordinaria. Acáloráronle la imaginacion todas estas circunstancias reunidas, y le infundiéron un ardiente deseo de conocer á la hermosura, cuyo era aquel calzado tan lindo. Mandóla buscar, y la encontró fácilmente. Graduóla el Rey por muy superior á la idea que de ella habia formado á la vista del zapato: enamorado de ella, la tomó por esposa, y mandó erigir en honor suyo aquel soberbio monumento. Pero me parece mas probable que todo el que aquellas pirámides fuéron destinadas para sepultura de los Reyes.

Un prodigio de arquitectura, acaso superior á las pirámides, es el famoso laberinto edificado á la estremidad del Moeris, junto á la ciudad de los Crocodilos. Se entra á él por doce puertas, de las cuales seis miran al norte, y seis al mediodia. No es un palacio solo, sino la union de doce palacios cubiertos con solo un techo de vastísima estension; y los contiene un largo circuito de una muralla anchísima. Todo el edificio se compone de dos pisos, el uno superior, y el otro subterráneo. Cada uno contiene mil y quinientas habitaciones que se comunican entre sí: los pórticos, las galerías, los gabinetes, los cuartos y los terrados forman tantos ambages, y se

repliegan de tal manera, que cuando se entra en ellos, no se puede salir sin alguna guia, ó sin el hilo de Ariadna. Las paredes y los techos son de piedra; las salas estan circundadas de columnas hermosas, y la mayor parte de mármol blanco; y termina el laberinto una pirámide cuyos frentes tiene cada uno doscientos y cincuenta piés de ancho, y por ella se baja á los subterráneos. Yo he visitado el primer piso, pero no el segundo, donde no se entra, á causa de conservarse en él los cuerpos de los Reyes y de los sagrados crocodilos. No se sabe quien fué el fundador de este edificio: se cree que es obra de muchos Monarcas.

Uno de los trabajos mas gloriosos del Egipto, y muy superior á los otros por su utilidad, es el lago Moeris. Es un magnífico estanque, de setenta y cinco leguas de circunferencia, cavado entre dos montañas. Todo aquel terreno estaba en otros tiempos cubierto de arena estéril. Un Faraon, llamado Moeris, concibió uno de los mas bellos proyectos que el entendimiento humano haya podido concebir, y tuvo la gloria de ejecutarlo. Millares de hombres escaváron aquel árido terreno. Mandó construir un canal de cuarenta leguas de largo, y de trecientos piés de ancho, para conducir las aguas del Nilo al gran reservatorio. Aquellas aguas llevadas por el

canal, en el tiempo de la creciente del río, se amontonan en aquel vasto recinto circundado de diques y de montes. En los seis meses en que baja el Nilo, se abren las esclusas; entónces de aquel lago que tiene ochenta leguas de circunferencia, y treinta piés mas elevado que el nivel del Nilo, sale un inmenso volúmen de agua que forma otra segunda inundacion que se dirige como se quiere. Una parte de ella vuelve al río, y sirve para la navegacion; y otra parte dividida en riachuelos lleva la fecundidad hasta las colinas arenosas. Y por rezeló de que aquella mar artificial no rompa sus barreras, se abrió un canal de descargo atravesando la montaña, por el cual se vierten en la Libia las aguas sobrantes. Dicho lago tiene cien piés en su mayor profundidad. Dos pirámides construidas en una isla situada ácia el centro tienen cien piés bajo las aguas, y se levantan otros ciento sobre ellas: cada pirámide remata en una estatua colosal sentada sobre un trono. Esta obra, que es la mas grande y la mas útil que se ha hecho en el mundo, suple en los años de una creciente mediana, conteniendo aguas preciosas que se perderian en el mar.

Pedí á Xenofanes que me diese noticias de la estatua vocal de Memnon. « No he dejado, me contestó sonriendose, de ir á Tebas á rendirla mi homenaje. Memnon es hijo de la Aurora;

una estatua colosal le representa como un hombre en la flor de sus años: tiene la cara vuelta ácia el oriente. Al salir la aurora, la saluda con graciosa voz, como regocijado de ver á su madre; y al ponerse el sol, espresa el dolor de su ausencia con un sonido lúgubre. — ¡Y vos, Xenofanes, dais asenso á semejante milagro? — Sin duda que lo doy, pues yo propio he oido los sonidos. Es menester fiarse algo de los sentidos, por mas que digan los Esépticos. Con todo, yo sospecho que alguno, escondido bajo el pedestal, pega en la piedra que lo forma; y lo que mas descubre el artificio, es que el sonido no parte de la cabeza, sino del plinto ó del trono sobre que está colocada la estatua. » — Xenofanes, habládme ahora del clima de Egipto: ¿es verdad que es mas bello que el de la Grecia? — Me parece, Fanor, que es el mas delicioso de la tierra. Los Egipcios disfrutan robusta salud, debida á la salubridad del aire, y á la templanza de su clima, que varía poquísimamente. Cierto es que los calores de la Tebaida sobrepujan á los que se experimentan en muchas comarcas mas inmediatas al ecuador. Atribuyese este fenómeno á la aridez de las llanuras arenosas que circundan al alto Egipto, y á la reverberacion de los montes que lo estrechan. Pero en el bajo Egipto, la vecindad del mar, la mucha magnitud de los lagos y la

abundancia de las aguas amortiguan los ardores del sol, y mantienen una templanza deliciosa. Ademas de esto, el viento etesiano, ó viento del norte, que sopla en el estío, refresca y purifica la atmósfera. En aquel hermoso clima, siempre está el cielo sereno y sin nubes. Las lluvias, que son rarísimas, ordinariamente no caen hasta los meses de Diciembre, Enero y Febrero, y durante pocos días. En aquella estacion se levantan espesas nieblas, que son mas frecuentes que las llúvias; y en el discurso de todo el año cae un rocío tan abundante, cuando el cielo está sereno, que equivale á una pequeña lluvia. Los vientos meridionales son una de las plagas de aquel pais agradable, y soplan por intervalos desde Febrero hasta fin de Mayo; llenan el aire de un polvo sutil que impide la respiracion, llevan por delante perniciosas exhalaciones, y corrompen en pocas horas las sustancias animales. Hallabame yo en Menfis, un mes de Mayo, y se levantó repentinamente un huracan de aquella especie, que traia por delante torrentes de arena abrasada: un velo espeso cubria el firmamento; el sol parecia de color sanguinoso, y el polvo penetraba en las habitaciones, y quemaba ojos y caras. Al cabo de unas cuatro horas calmó la tormenta, y el cielo volvió á su serenidad. Infinitos desgraciados quedáron sofocados en

el desierto, y un hombre de estremada gordura murió repentinamente en la ciudad, ahogado por el calor. Huracanes semejantes han sepultado ejércitos enteros. Aquella plaga terrible, llamada el gigante Tifon, duró una vez tres dias y tres noches, y se hubiera tragado al Egipto, si hubiera durado mas con la misma violencia. — Dadme á conocer, Xenofanes, ese Nilo tan decantado, y la causa de sus inundaciones.

Los manantiales del Nilo, Fanor, estudiéron mucho tiempo ignorados. El colegio sacerdotal de Tebas, que ha gastado sumas inmensas para descubrirlos, deja al pueblo en esta ignorancia, creyendola un misterio propio para alimentar la piedad. Dichos manantiales estan en la Etiopia, á doce grados del ecuador, sobre una montaña coronada de una reducida llanura cubierta de árboles. Allí se ven dos estrechas aberturas de cisterna, bastante juntas. El río sale del pié de la montaña, frente al norte, y va á formar una laguna que tiene mas de sesenta leguas de circunferencia; y despues de muchos rodeos entra en Egipto, y lo atraviesa, casi en línea recta, de mediodia á norte. Los filósofos de Menfis disputan mucho sobre la causa de su acrecentamiento periódico. El pueblo lo atribuye al dios Serapis; pero las gentes instruidas saben que en los meses de Marzo,

Abril, Mayo y Junio, los vientos del norte acumulan las nubes sobre las cimas de las montañas altas situadas mas allá del ecuador, donde se resuelven en lluvias que caen en torrentes. La reunion, pues, de infinitos arroyos y riachuelos hinchados con las lluvias forma el Nilo, y produce la inundacion. Se gozan en Menfis, en los tres primeros meses, dias muy serenos; pero, luego que se pone el sol, llueve hasta que sale, y á esto se siguen relámpagos y truenos. En los primeros dias del mes de Junio empieza el Nilo á crecer; pero su crecimiento no es notable hasta el solsticio. A esta época se enturbian sus aguas, y toman un color rojizo, de manera que para beberlas es menester purificarlas. Continúa aumentandose el Nilo hasta fin de Agosto, y frecuentemente hasta Setiembre. Su elevacion necesaria es de diez y seis codos: si es menor, amenaza hambre; y si mayor, es peligrosa. Hay una coluna delante de Menfis, en la que estan señaladas sus varias crecientes. Desde esta ciudad se publican á lo restante del Egipto. Si la inundacion llega á tocar al décimoquinto ó décimosexto codo, se apodera de los habitantes una alegría universal, y se hacen fiestas y regocijos públicos. Dicese que las aguas del Nilo estan impregnadas de una sal que tiene virtud estimulante, no solo para los hombres, sino tambien para las

bestias. Me aseguraron que habia mugeres que parian hasta cuatro y siete criaturas; pero lo dudo. Lo mas cierto es que las Egipcias usan contra la esterilidad diferentes composiciones: una de las mas fuertes es una infusion de clavo con hiel de crocodilo, cuyas partes todas son afrodisíacas, aunque menos que la hiel y los ojos. Pero volvamos á las aguas benéficas del Nilo.

Se han abierto canales que las llevan hasta las mas distantes campiñas, que son por lo mismo las mas fecundas del universo; porque, en vez de que otros ríos en sus inundaciones se llevan el jugo de las tierras y las deterioran, el Nilo deposita en ellas un limon que las engrasa y fertiliza; y cuando sus aguas se retiran, revuelve el labrador la tierra, mezclando en ella un poco de arena, y siembra sin trabajo y casi sin gasto.

Los tiempos de las siembras son los meses de Octubre y Noviembre, á proporcion de como las aguas se embeben. Y dos meses despues, estan ya las campiñas cubiertas de toda especie de granos y de legumbres. Se cogen las cosechas en los meses de Marzo y de Abril. No hay cosa tan bella como el Egipto en las dos estaciones de estío é invierno. Nunca me he cansado de disfrutar del espectáculo que presenta en estas épocas varias. En los meses de Julio y de Agosto,

me subia sobre una pirámide ó sobre una montaña, y desde allí descubria un vasto mar, sobre el cual se elevaban infinitos pueblos y aldeas, con muchas calzadas para comunicarse entre ellas, y todo entremezclado de bosquecillos y de árboles frutales cuyas copas únicamente se veian. Aquella perspectiva, circunscripta por los montes y los bosques, se termina á lo lejos por un horizonte risueño y bellissimo. En invierno era otra cosa, pues ácia los meses de Enero y Febrero se parecia la campiña á una pradera esmaltada de flores. Por todos lados se veian ganados esparcidos, y una infinidad de labradores y de jardineros. Entónces estaba embalsamado el aire con el perfume de las flores, de los naranjos y limoneros, y de otros árboles; de modo que no podia respirarse cosa mas agradable ni mas sana.

Acababase esta narracion, cuando nos trajeron una merienda pitagórica, la cual comimos sobre los céspedes en la sombra del bosque. No obstante, nos dió Xenofanes un frasco de vino; y acabada la merienda, nos despedimos de aquel rígido filósofo, quien nos dijo abrazandonos: Hijos míos, no olvidéis la siguiente máxima del maestro:

« El hombre solo es dichoso bajo el escudo de la sabiduría. »

 CAPITULO XXX.

Descripcion de Leucades. Allí encuentran á Safo, y á dos Griegos infelices.

DIJE á Fanor que le acompañaria hasta Leucades. Dos motivos me animaban: el uno era curiosidad, y el otro deseo de disuadirle de un remedio tan violento. Representéle que ninguno se mataria por ser picado de una espina ocultada entre las flores; que era felicísimo en verse desembarazado de Teana; que la inconstancia y la perfidia de un sexo voluble no debia causar mas admiracion que la inconstancia de los vientos ó la ligereza de la mariposa; y que era necedad afligirse por ello (44). « Conozco, respondió, toda la fuerza de vuestra lógica, y conozco que desprecio á Teana; pero su memoria me persigue y me destroza: la amo todavía con mas furor, y veo que el salto de Leucades puede únicamente curarme. — Pero esponeis vuestra vida, Fanor. — Mas vale perderla que arrastrarla bajo el peso de las aflicciones. Además de que conozco á un hombre, nombrado Maces, que ha hecho cuatro veces aquel salto peligroso; y lejos de perecer, ha